

LOS POEMAS DE LA “FUNDACIÓN” NACIONAL. LA ÉPICA DEL SIGLO XVII Y LA IDEA DEL IMPERIO

LARA VILÀ
Universitat de Girona

LA ÉPICA ES UNO DE LOS GÉNEROS literarios más caros al poder político y uno de los que más y mejor ha contribuido a establecer una imagen metafórica del príncipe como el elegido por la divinidad para ser el señor del mundo entero. Esta alabanza política tiene, pues, un marcado carácter imperialista que determinará la configuración de la tradición épica occidental a partir de la *Eneida* de Virgilio, el modelo ideológico que los poetas épicos del Siglo de Oro intentarían emular una y otra vez. No es la intención del presente estudio plantear un estado de la cuestión de la producción épica hispana, una tarea que desborda, con mucho, los márgenes de que disponemos aquí.¹ Lo que interesa aquí, aunque sea a modo de presentación sucinta, es ver de qué modo la ideología conservadora e imperialista característica del género, en especial desde la codificación virgiliana, es seguida y amplificadas en la épica española del Siglo de Oro, y cómo, al mismo tiempo, el género se adapta a las circunstancias históricas, sociales y culturales del momento en el que se escriben los poemas. En este caso, vamos a centrarnos en el estudio de los textos épicos escritos a caballo de los siglos XVI y XVII, que ilustran la implantación de un modelo literario de prestigio que responde a una consideración de la épica algo distinta de la que estaba en boga en el siglo precedente así como su particular adaptación a la tradición hispana.

Épica es sinónimo de *representación gloriosa de la historia*, ya sea reciente o pasada. La producción heroica española del siglo XVI, en su mayoría escrita durante el reinado de Felipe II, plantea una visión de la monarquía hispana en términos mesiánicos e imperialistas (al arrimo, evidentemente, del modelo de alabanza de César

¹ Para la configuración de la épica occidental, véase Vilà (2006); en lo que concierne a una revisión más general de las principales tendencias

de la épica española del quinientos y de seiscientos, véase Vilà (2003).

Augusto planteado en la *Eneida*). La realidad española del quinientos, presidida por las imponentes figuras del Emperador Carlos V y su descendiente, parece ajustarse como ninguna otra al elogio épico. Los dos monarcas son saludados como los elegidos por la providencia divina para regir a un orbe terrestre destinado a conocer una segunda edad de oro. A diferencia del modelo virgiliano, que recurre a la poetización del pasado mítico para la loa del presente, la mayor parte de los poetas españoles del quinientos opta por tratar en sus obras de materia contemporánea. Numerosos son los títulos de nuestra literatura que cantan las hazañas del Emperador (las “llamadas Caroleidas”), de Felipe II (como los poemas dedicados a Lepanto o demás gestas conseguidas por sus principales capitanes) o las conquistas que los españoles llevan a cabo en el Nuevo Mundo (siguiendo *La Araucana*, el principal modelo de los poemas de tema americano). Incluso aquellos que tratan una temática histórica algo más alejada en el tiempo (caso del curiosísimo *De Militia principis Burgundi* de Álvar Gómez (1540) o el *Cid* de Jiménez de Ayllón (1568)) o bien los que siguen la senda de Ariosto y sus variados y deliciosos relatos sobre los paladines francos de Carlomagno permiten la inclusión de pasajes destinados a la glorificación del presente de España. En todos estos casos, se *hispaniza* a los modelos para que sirvan al elogio del imperio español.

A grandes rasgos, pues, éstas son las principales vías que explota la épica española del quinientos: épica de circunstancias históricas (fundamentalmente del presente, bien sea en el ámbito europeo o en suelo americano), épica ariostesca o épica de tema religioso (básicamente hagiográfico), cuyas características merecen un estudio aparte que escapa a la finalidad del que aquí se propone. Ahora bien, a medida que avanza el siglo, el panorama de la épica va sufriendo un cambio paulatino: cada vez son menos los poemas que se ocupan de cantar las hazañas del presente y, en cambio, se implanta con mayor fuerza el relato de las gestas de algunos monarcas medievales. La razón principal hay que buscarla, en parte, fuera de nuestras fronteras: en Italia. Allí, el debate entre los partidarios de Ariosto y de Tasso se inclina, a medida que el tiempo avanza, a favor de este último y de su teoría poética. El modelo épico representado por la *Gerusalemme liberata* (1581), que estaba respaldado por un imponente escudo teórico, se convertiría cada vez más en una propuesta narrativa que ganaría adeptos dentro de nuestras fronteras ya en época temprana.

Fundamentalmente, el modelo tassesco reajusta algunas de las propuestas precedentes de la tradición épica y, en especial, acerca el que fuera el poema más influyente del XVI, el *Orlando Furioso*, a los preceptos del arte.² Así, su poema sobre la reconquista de Tierra Santa por parte del cruzado Goffredo, símbolo del nuevo Eneas cristiano, propone que la materia histórica de la épica esté *medianamente* alejada en

² Véase al respecto Caravaggi (1974), y en especial en lo que concierne a su adaptación a la épica española, Vilà (2005^a: pp. 299-304; 2005^b; 2005^c; y 2006).

el tiempo, esto es, en la misma Edad Media de los poemas de tema carolingio, pero, lejos de la diversidad confusa de los poemas ariostescos, debe respetar el principio aristotélico de la unidad de acción. Como el lector entiende, no hago más que resumir muy apretadamente las propuestas principales de Tasso, cuya teoría épica es mucho más compleja. No obstante, este planteamiento tan sucinto nos permite apreciar de qué modo el poeta italiano, haciendo de necesidad virtud, lograría responder a algunos aspectos sumamente conflictivos de la práctica poética contemporánea, tales como la recensión poética de hechos presentes, especialmente representativo de la épica quinientista española (que no italiana). Esta cuestión es la que nos da, asimismo, la distinta medida en la que debe apreciarse la épica escrita en Italia de la escrita en España, cuya realidad histórica, política y social era sumamente dispar. La realidad imperial de la monarquía de los llamados Austrias mayores explica por qué los poetas épicos explotarían mayoritariamente (que no exclusivamente) la recensión de las gestas del presente. Ahora bien, a medida que avanza el siglo el ámbito poético y teórico se inclina de manera cada vez más decidida por el modelo de Tasso. Es muy posible que la imitación *ad nauseam* del *Orlando* agotara un filón de gran éxito.³ Pero también es muy probable que los años finales del reinado de Felipe II y la subida al trono de su sucesor, Felipe III, el primero de los Austrias menores y, sobre todo, la influencia política cada vez menor de la corona española en el panorama internacional, frente a una Francia cada vez más pujante, dejaran sentir también su peso a la hora de seguir una moda literaria.

No nos engañemos, sin embargo. El cambio en la escena política no alteraría ni un ápice la naturaleza de la ideología de la épica que se escribe en la España del XVII. Los términos en los que los poetas épicos alaban al monarca de turno son los mismos; las metáforas imperiales con que se celebra su poder universal también. Sin duda, Felipe III no es Carlos V ni el poder del uno puede compararse con el de su abuelo, pero la imaginería propagandística (poética y no poética) se repite una y otra vez. Lo que diferencia la materia épica de algunos poemas de finales del XVI y la de la gran mayoría de los publicados en el siglo siguiente respecto de la práctica quinientista es la *elección del punto de vista histórico*. Auspiciada por la fama e influencia de Tasso y seguida y defendida por dos de los poetas épicos de mayor calidad del cambio de siglo (Cristóbal de Mesa y Alonso López Pinciano), la me-

³ En España, el último gran poema escrito a imitación del de Ariosto es el *Bernardo del Carpio* de Agustín Alonso (1585). Ciertamente es que con posterioridad a esta fecha conocería nuestro *corpus* algún título disperso que trata de la materia carolingia, del que debe destacar, tanto por su calidad como por su (sorprendente) fecha tardía, el *Bernardo del Carpio* de Bernardo de Balbuena

(1624), pero, a no dudarlo, se trata del último estertor de la que fuera una de las vertientes más fructíferas de la épica del quinientos. Buena prueba de ello es, por ejemplo, el poema de Lope *La hermosura de Angélica* (1602), que, si bien trata de materia ariostesca, introduce ya elementos más propios de la temática tassésca.

dianía temporal que defiende la ambientación medieval de las narraciones poéticas se impondrá. Ahora bien, no lo hará de forma servil. Los seguidores españoles de Tasso actuaron del mismo modo que sus antecesores, los imitadores de Ariosto, que hispanizaron la materia carolingia mediante la introducción de un héroe hispano (en este caso destaca la figura de Bernardo del Carpio) que permitía la alabanza de la monarquía (y, secundariamente, de algunas familias ilustres) de España, al tiempo que ofrecía una reflexión sesgada de las relaciones hispano-francesas.⁴ Aquí, la medianía temporal tassesca sirve para la “recuperación” épica de un pasado no menos ilustre, al menos visto en perspectiva, que el presente imperial de la España austríaca: la Reconquista.⁵

La recuperación de las tierras peninsulares de manos de los invasores árabes respeta el principio temporal impuesto por el modelo poético y teórico de Tasso. Pero no sólo eso. Al mismo tiempo, permite *hispanizar* la materia tassesca y proponer una visión grandiosa de la historia de España, que supera, en este sentido, la ideología de la obra del poeta italiano. La *Gerusalemme* no es sólo poema histórico: ante todo, es un poema de religión, el otro gran aspecto que configura la tradición épica occidental (recuérdese, por remontarnos al modelo virgiliano, que Augusto no sólo es el último y más glorioso de los gobernantes romanos; lo es, ante todo, porque así lo han decidido la divinidad y el Hado). La épica es el género donde la historia y la religión confluyen en la alabanza del poder: de ambos cobra el poder político su carácter sagrado y finalista. Tasso propone, a través del concepto de la “maravilla”, la fusión íntima de estas ideas. Así, la tarea del histórico y *piadoso* Goffredo (la toma de Jerusalén de manos de los infieles) debe entenderse *alegóricamente*, en un sentido fundamentalmente religioso.⁶ La victoria cristiana implica el nacimiento de un nuevo imperio cristiano, homólogo del *imperium sine fine* que Virgilio vaticinara a los romanos bajo el gobierno de Augusto. De este modo, Tasso sigue también una idea muy cara a la

⁴ Véase Chevalier (1966).

⁵ Hablo de recuperación en términos generales, es decir, en tanto que algún episodio de la reconquista española (término cuya utilización debe ser cautelosa) deviene el núcleo narrativo de un poema. Los poemas escritos a imitación de Tasso no son los únicos que tratan de este largo período histórico y de sus principales gestas: los poemas del quinientos aducen en repetidas ocasiones y en pasajes relevantes (en especial en profecías) la visión gloriosa de diversos monarcas españoles medievales en su lucha contra los árabes por la conquista de la península, cuyo último capítulo es, sin excepción, la conquista de Granada por

parte de los Reyes Católicos, antecesores directos del gran soberano austríaco, su nieto, Carlos V.

⁶ La lectura alegórica y moral de la épica arranca ya de antiguo, de las lecturas que la escuela de Pérgamo hiciera de los poemas de Homero, pero, sobre todo, de las interpretaciones medievales del poema de Virgilio de Bernardo Silvestre y Fulgencio, retomadas en el XV por Cristóforo Landino. Asimismo, y en la estela de esta clase de lecturas, se escribieron también diversas alegorías de la materia ariostesca que Tasso tuvo presente en su codificación teórica y práctica de la épica, en los *Discorsi*, en la *Allegoria* y en la *Gerusalemme*.

épica virgiliana como es la idea de la fundación, o mejor, de *una fundación entendida en términos políticos y religiosos*. Del mismo modo, los poetas épicos españoles ilustran, en los términos empleados por Tasso, la visión gloriosa e histórica de la fundación de un imperio político y de religión, de una España peninsular y cristiana destinada a regir, en sucesivas “reconquistas” futuras, el orbe bajo el signo de la cruz.⁷

El cambio de siglo conocería, pues, la progresiva implantación de un nuevo modelo narrativo de épica, que dominaría el género a lo largo del siglo XVII. Esta nueva corriente literaria necesitaría, al igual que en el caso de la adaptación de Ariosto, de una figura histórica que permitiría asimismo una clara *hispanización* de la materia. Como decía, no se trata simplemente de imitar el modelo italiano sino de utilizarlo para la alabanza del poder político, la finalidad última de la poesía épica. Si Tasso proponía la reconquista de Tierra Santa como el momento culminante que daba paso a la fundación de un imperio cristiano de ámbito universal, la épica española de corte tassesco readaptará esta visión finalista y mesiánica de la lucha territorial en un sentido nacional. La Reconquista de la Península debe entenderse como el paso previo a la fundación de un imperio político, el de la monarquía española, a la que Dios ha elegido para regir el mundo bajo el signo de la cruz. El nuevo Eneas cristiano ya no es un Goffredo, un cruzado, un *miles Christi*, un soldado de la fe. También es (o debe ser) el fundador de una estirpe regia, un héroe en el que se aúnen, como en el Eneas virgiliano, virtudes morales y políticas. La épica española daría diversos títulos en los que se celebran las gestas militares de distintos soberanos medievales, pero la tarea de una reconquista entendida en términos imperiales comprende un principio y un (supuesto) final que se plantea como cancel y anuncio de un futuro todavía más esperanzador y de ámbito universal. Tres figuras destacan en la imaginería de la poesía heroica de corte tassesco: Pelayo, el iniciador, el fundador de la estirpe de monarcas universales y los Reyes Católicos, los encargados de cerrar este período histórico esplendoroso de la historia de España y cuya gesta anuncia la de sus sucesores. Sirva de ejemplo, antes de pasar a analizar con más detalle la figura de Pelayo, la *Conquista que hicieron los poderosos y católicos Reyes don Fernando y doña Isabel, en el Reino de Granada* de Duarte Dias (o Díaz), de 1590, y que es el segundo, cronoló-

⁷ A propósito de esta lectura deberían considerarse también aspectos diversos de la propaganda imperial además de los textos literarios que, por falta de espacio, no pueden considerarse aquí con la amplitud y el detalle que merecerían. La tarea de la recuperación de Tierra Santa era, por ejemplo, uno de los objetivos simbólicos de la orden caballeresca del Toisón de Oro, fundada por Felipe de Borgoña en 1429 y que, desde el

matrimonio de Maximiliano I con María de Borgoña, quedaría vinculada a la Casa de Austria. Todos los Austrias españoles ostentarían la soberanía de la Orden, que devendría así, y fruto de diversas lecturas metafóricas y religiosas de la leyenda argonáutica, como la planteada por Guido delle Colonne, todo un símbolo de la ambición imperial y evangelizadora de la monarquía española. Al respecto, véase Tanner (1993).

gicamente hablando, de los poemas épicos que hispanizan el modelo tassesco.⁸ La gesta de los Reyes Católicos está considerada a nivel simbólico como la culminación de la Reconquista iniciada por Pelayo y el paso previo a la expansión imperial de la corona española, en especial bajo la figura de su descendiente Carlos V. Una vez segura dentro de sus fronteras, la nación podía, pues, extender el dominio del cristianismo, siempre vinculado a una raza de elegidos. Esta lectura se ve respaldada por otras actuaciones de carácter artístico, igualmente cargadas de intencionalidad política, como es la construcción del palacio nazarí de Carlos V en la Alhambra. En ésta, el último baluarte del Islam en occidente, abatido por sus abuelos, el Emperador hizo edificar, sobre los despojos de los vencidos, un palacio que conmemoraba su victoria sobre los enemigos de la Fe y que servía asimismo de recordatorio de la gesta de sus antepasados y de aviso a sus contemporáneos. El mensaje era claro: al alzar su palacio en la zona más meridional de sus dominios dejaba claro que sus intenciones era mantener su poder y extenderlo más allá de las columnas hercúleas. En suma, confirmaba cuál era su visión de la tarea imperial: instaurar un *imperium sine fine* que alcanzara todos los confines de la tierra e inaugurara una época de paz y esplendor bajo el signo de la cruz.⁹

⁸ Sobre este poema véase Ares Montes (1984).

⁹ Además de los poemas sobre Pelayo y los Reyes Católicos, sin duda los más representativos a nivel simbólico e ideológico, los poetas épicos españoles celebraron a distintos monarcas del medioevo. Otro de los ejemplos más tempranos y de mayor relevancia es el de *Las Navas de Tolosa* de Cristóbal de Mesa (1594), sin duda uno de los mejores representantes, junto con el Pinciano, de esta tendencia narrativa de nuestra épica. El poema narra, como su título indica, la victoria conseguida sobre los árabes por el rey castellano Alfonso VIII en 1212, una victoria que reactivaría el proceso de la reconquista y que provocaría el desmembramiento de Al-Ándalus en nuevos reinos de Taifas, más débiles. De algún modo, el mito de las Navas de Tolosa se considera un precedente de la caída del reino nazarí de Granada, de ahí su elección por parte del poeta. El siguiente título, cronológicamente hablando, es *La conquista de la Bética* de Juan de la Cueva (1603), que narra la conquista de Sevilla en 1248 a manos de Fernando III. Dejando aparte la *Hermosura de Angélica* (1602) y la *Jerusalén conquistada* de Lope (1609), que merecerían

un estudio aparte, por su naturaleza liminar, el primero (véase *supra*, n. 3), y por su particular adaptación de la narración tassesca, el segundo, sigue *La Murgetana* de Gaspar García Oriolano (1608), sobre la conquista de Murcia por parte del rey Jaime I; la *Expulsión de los moros de España* de Gaspar Aguilar (1610). *El Patrón de España*, tercer y último poema épico de Cristóbal de Mesa (1612) abunda, a diferencia de los anteriores, en materia más próxima a la hagiografía. Véase al respecto, Mazzocchi (1994). Los siguientes títulos dan buena cuenta del fructífero filón inaugurado por el poema de Tasso y del carácter nacionalista que le imprimieron los poetas españoles: *La Numantina* de Francisco Mosquera de Barnuevo (1612); la *España defendida* de Cristóbal Suárez de Figueroa (1612); el *Poema heroico del assalto y conquista de Antequera* de Rodrigo de Carvajal y Robles (1627), que cuenta con dos ediciones modernas; el *Fernando o Sevilla restaurada* de Juan Antonio de Vera y Figueroa (1627); la *Expulsión de los moriscos rebeldes de la Sierra* de Viente Pérez de Culla (1635); o el *Triunpho de Navarra y vitoria de Fuenterrabía*. Los estudios, al igual que las ediciones modernas, sobre estos poemas son escasos. En gene-

El gran protagonista de esta materia narrativa es, sin embargo, Pelayo. Poco es lo que sabemos verdaderamente de este caudillo astur, en cuya figura se funden aspectos históricos, legendarios y míticos, si bien es precisamente esta mezcla lo que hacía tan adecuada su elección. Supuesto ancestro mítico de los reyes de España, su victoria sobre los árabes en Covadonga en el año 722 está considerada el inicio de la Reconquista. Este triunfo, que respondía al desastre de Guadalete sufrido por el rey Rodrigo (711), contó, según la leyenda, con la participación de la Virgen y daría lugar, según las crónicas, a la fundación del reino de Asturias. En la figura de Pelayo, pues, no sólo nos encontramos, al igual que en el caso de Gofredo de Bouillon, con un héroe que cuenta con el favor de la divinidad y con una gesta de carácter fundacional, sino también con el hecho de que el protagonista imprime a la historia un marcado sesgo nacionalista y monárquico, que auspicia una visión imperialista de la que se harán eco, unánimemente, los poemas épicos dedicados a la narración de su trayectoria y triunfos.

Y, de hecho, el primer poema, cronológicamente hablando, que adapta la materia tassesca en España tiene por protagonista a Pelayo. Se trata de *El león de España* de Pedro de la Vecilla Castellanos (1586).¹⁰ El poema, que narra la toma de León de manos de los bárbaros, está estructurado en dos partes bien diferenciadas estructural y temáticamente: la primera se ocupa fundamentalmente de la narración de la fundación de León por parte de los romanos tras la destrucción de Sublancia Flor y del martirio de diversos cristianos a manos de los romanos. Finaliza esta primera parte con el relato del sitio de la ciudad impuesto por los invasores árabes y la denostada defensa que los cristianos hacen de ella, en vano. Es en la segunda parte cuando hace acto de presencia Pelayo, al que el poeta saluda como “el Rey don Pelayo”. Tras referir la “milagrosísima” batalla de Covadonga (canto XX), dice el poeta que el rey acudió en ayuda de León y entró victorioso en la ciudad, un episodio cuya historicidad resulta bastante controvertida, ya que en realidad no sabemos si fue él o su nieto Alfonso el artífice de la victoria. Tras ella, el poema repasa sumariamente “las cosas que sucedieron a los reyes de León”, y se centra en concreto en el rey Ramiro I (cantos XXIII-XXIX) y la célebre victoria de Clavijo, con referencia incluida a la milagrosa aparición del Apóstol Santiago. Finalmente, el poema concluye con la visión profética de las gestas de los sucesores de Pelayo y Ramiro, los futuros reyes de León, cuyas

ral, véanse F. Pierce (1968) y Caravaggi (1974). Sobre el poema de Aguilar, además del estudio introductorio de Manuel Ruiz Lagos (1999), *cf.* Alizard (1979) y Cañas Murillo (1980); del de Carvajal y Robles, véase López Estrada (1963 y 1972). Sobre Cristóbal de Figueroa, *cf.* Wickersham Crawford (1911).

¹⁰ Según mis noticias, el poema de Pedro de la Vecilla contará pronto una edición moderna, a cargo de M^a del Carmen Fernández López. Mientras tanto, existe una edición facsimilar de la *princeps* editada por la Diputación Provincial de León en 1982. Véase también Fernández López (2003); y Morala e Iglesias (1999).

figuras culminan con Carlos V y Felipe II y con una descripción última de León, “de España principal columna” (XXIX, xxii, 4).

Como vemos a la luz de este apretado resumen, la propia estructura del poema refleja los aspectos principales de la épica de corte tassesco. Sin dejar de estar presentes a lo largo de todos sus versos, la religión y la idea de la fundación presiden enteramente la primera parte, mientras que la idea nacionalista se impone a través de la figura de Pelayo y su sucesor, cuando la obra se adentra plenamente en la narración del episodio “reconquistador”. Todo ello es lo que finalmente permite entrar en la lectura imperialista auspiciada por el catálogo de reyes futuros de España, que se cierra con el emperador Carlos V y su hijo Felipe II. La idea es, pues, clara: la historia de León (nótese la insistencia en el hecho de que se trata de una ciudad fundada por *los romanos*, egregios antecesores, aunque paganos, del imperio español) es un continuo relato de conquistas y reconquistas: primero los romanos vencen a los hispanos originarios de la zona; éstos vuelven a vencerles para perder nuevamente el control del territorio ante los árabes, quienes a su vez serán vencidos por Pelayo, esta vez *con carácter definitivo*. Sólo la figura egregia del soberano dota a la fundación de un carácter culminante, de modo que la narración de la historia de León deviene el foco primigenio de lo que será la historia futura de España, cuando ésta sea ya un imperio cuyas fronteras se extiendan más allá de la península, de ahí la mención última, en el último canto del poema, de los dos soberanos del presente: Carlos V y Felipe II. El episodio de la reconquista de León, pues, sigue en la estela de la épica religiosa e histórica del modelo de Tasso, pero la presencia regia dota al imperio universal cristiano de un carácter nacional: semejante imperio, según ha establecido la Providencia, sólo existirá gracias a España.

Más marcado será si cabe el nacionalismo del siguiente poema, el primero del siglo que tiene como protagonista absoluto al caudillo asturiano: el *Pelayo* de Alonso López Pinciano (1605). Su lectura, por otra parte, no puede separarse, al igual que sucediera en el caso de Tasso y en el de su compatriota Cristóbal de Mesa, de la teoría poética del autor.¹¹ Como el Pinciano anuncia en el “Argumento general”, el poema aún temática de religión y de política, y la lectura que debe hacerse del mismo es claramente imperialista:

¹¹ El poema y la teoría del Pinciano ha despertado algo más de interés por parte de la crítica. De la *Philosophia Antigua Poetica*, su poética, existen dos ediciones modernas, mientras que del poema contamos con la edición facsimilar digital de la *princeps*. Sobre el poema y su vinculación con la teoría épica del Pinciano, véanse Lara Garrido

(1982 y 1999: 393-454) y Esteve (2005). Véase también Atkinson (1948); Clements (1955); Shepard (1962 y 1970). Por mi parte, me he ocupado ya largamente en dos trabajos anteriores del poema, por lo que remito al lector interesado a Vilà (2005^a y 2005^b), y limito aquí el análisis de la obra a cuestiones más generales.

Visitó al santo sepulcro, y siendo dentro se le apareció el verdadero Uriel, por cuyo mandato se volvió a España a la cueva que había dejado, de la cual comenzó las milagrosas victorias contra Moros, hasta los echar fuera de los términos de Oviedo: con lo cual *el Príncipe quedó pacífico poseedor de la tierra, y dio principio al imperio de España, que sus sucesores extendieron a la grandeza que hoy conocemos* (cursiva mía).

Esta lectura se beneficia asimismo de la propia estructura de la obra, también bipartita, como la de *El león de España*, sólo que esta vez las dos partes en que se divide el poema responden claramente a un modelo de prestigio: el de Virgilio. Así, y muy brevemente, Pelayo abandona España engañado por Lucifer, que ha tomado la forma del ángel Uriel, y viaja a Jerusalén. Una vez allí, el verdadero Uriel le hace regresar a su patria. En el transcurso de las navegaciones, el héroe naufraga y llega a Chipre, donde es amablemente recibido por el rey y su hija, y donde, en una narración retrospectiva, se relata cómo los árabes conquistaron la península (las referencias a la caída de Troya son, por otra parte, numerosas). El episodio chipriota, como el cartaginés de la *Eneida*, cuenta el enamoramiento y muerte de la princesa Adixa por causa de Pelayo. Una vez en España, el poema trata de las batallas para hacerse con el control del territorio, relato precedido por una especie de catábasis que culmina con la visión profética de una España restaurada en el cristianismo. Pelayo, al igual que Eneas, se aleja, ahora por culpa de un encantamiento, del campamento cristiano y la suerte de la contienda no se decide hasta el final, cuando se reincorpora a la lucha.

Es evidente que el *Pelayo* responde claramente a una estructuración de la acción similar a la de la *Eneida*: el héroe emprende primero una navegación que en realidad es un *nostos*,¹² para, una vez de regreso, emprender las luchas que permitirán no sólo la “liberación” del territorio (cual nueva Jerusalén) sino, y esto es lo fundamental, la *fundación* del futuro imperio cristiano y español, tal como reza el “Argumento general” y como se desprende de algunos pasajes literales del poema.¹³ El Pinciano parte, pues, y tal como propone en su poética, del gran modelo de prestigio, Virgilio, y del gran modelo contemporáneo, Tasso, y los funde de manera que se cumplan los requisitos de historicidad y temática religiosa recomendadas por el italiano sin olvidar la lectura política y propagandística de la *Eneida*. Pelayo es, pues, el nuevo

¹² Algunos estudiosos consideran que el periplo de Eneas es en realidad un *nostos*. Cfr. Gransden [1984: 44-56], y [1990: 27-31]; Hardie [1998: 69] alude también a esta idea.

¹³ Véase por ejemplo: “Goza Pelayo, y mira en mi garganta/ Presente el tiempo que será adelante:/

Hecho ya Rey en esta boca santa/ De Asturias arrojarás todo turbante:/ A España fuerte serás fértil planta,/ Cuyo fruto dará colmo abundante/ De Reyes y de leyes, que el gobierno/ del orbe regirán en sempiterno.” (*Pelayo*, XIII, i)

Eneas cristiano, un Goffredo con una misión *religiosa y política*. Si el héroe virgiliano estaba destinado a ser el fundador de Roma y del imperio, y el cruzado medieval debía reconquistar Tierra Santa de manos infieles e inaugurar un nuevo imperio cristiano, al español correspondía emular y superar a tan heroicos predecesores y ser aquel cuya gesta bélica daría origen a la nación cristiana y a la monarquía elegida por Dios para regir el orbe.

También Cristóbal de Mesa, como no podía ser menos, saludaría a Pelayo como fundador de un imperio, o cual nuevo Rómulo (*Restauración*, I, lxxvii), en su poema *La Restauración de España* (1607), el segundo de los tres poemas épicos que el ilustre traductor de Homero y Virgilio y difusor de la teoría de Tasso en nuestro país daría a la imprenta.¹⁴ Los primeros versos del poema, en la dedicatoria a Felipe III, nos indican claramente la lectura que cabe hacer de la obra:

... Que de más del antiguo mundo entero
Te encargó el viejo Atlante, el nuevo mundo,
Ya entrambos en los dos hombros divides
Al paso universal moderno Alcides. (*Restauración*, I, iv, 5-8)¹⁵

Felipe II deviene un “viejo Atlante” que cede el poder del mundo a su descendiente, un nuevo Alcides. A la visión simbólica del gobierno del mundo se le añade, además, la consideración de que será esta raza de soberanos la que verá el mundo restaurado en la Fe, mediante una alusión a la reconquista de Tierra Santa, la que fuera finalidad del poema de Tasso:

El imperio del uno, y otro abuelo,
Oh Monarca no menos de ambos digno,
A tu madura edad conceda el cielo
En el Reino del Grande Constantino:
Para que en gloria universal del suelo,

¹⁴ Sobre Cristóbal de Mesa, y sobre su relación con el poeta italiano, ha escrito especialmente Caravaggi (1970 y 1974). Véase también sobre este autor Rodríguez-Moñino (1951).

¹⁵ El poeta rentabiliza aquí una imagen muy cara a la propaganda imperial y especialmente fructífera en la difusión de la imagen imperial de Carlos V como la de Atlante sosteniendo al mundo (y cual nuevo Eneas, en *Aen.*, VIII, 731, cuando carga a sus espaldas el escudo donde Vulcano ha cincelado la historia de sus descendientes, los

romanos, hasta Augusto) para después cederlo a Alcides, y quedaría asociada a la idea de la herencia del poder político de padre a hijo. Esta imagen la encontramos en monedas (como la acuñada por Giampaolo Poggini con motivo de la ascensión al trono de Felipe II, acompañada de la inscripción “VT·QUIESCAT·ATLAS”) o en numerosas edificaciones efímeras como las que se dedicaron al viaje del todavía príncipe Felipe cuando el Emperador le hizo viajar a los dominios del norte entre 1548 y 1550.

El Indio, el Griego, el Bárbaro, el Latino,
 La Ciudad santa, y el sepulcro sacro
 Adoren cual celeste simulacro. (*Restauración*, I, v)

Los versos iniciales plantean, pues, una lectura imperialista y mesiánica: el actual monarca, Felipe III, es el destinado, por su herencia, a regir el mundo; asimismo, le corresponde también a él cerrar el ciclo restaurador iniciado por Pelayo. La gesta del caudillo asturiano, la recuperación de la tierra hispana de manos de los invasores árabes, precede y anuncia la de su sucesor: recuperar Tierra santa e imponer en el orbe el dominio de un imperio cristiano y español.

El Pelayo de Mesa, al igual que el del Pinciano, da prueba de su carácter desde el principio cuando impide el matrimonio de su hermana Usendanira y el moro Munuza, que tramará la muerte del asturiano. Ya en el primer canto se refiere la profecía de un mago que anuncia la victoria de un restaurador que saldrá de una cueva y que dará origen a un reino que se extenderá de un polo a otro. Los sueños y visiones proféticas, uno de los recursos formales más marcados a nivel ideológico de la poesía épica, se suceden en los diez cantos que componen el poema de Mesa. En todos estos pasajes se refuerza y redondea la lectura imperialista y política del poema. Así, en el canto II, es el propio Pelayo quien sueña con el rey Rodrigo, y éste le anuncia que su descendencia será la señora de uno y otro hemisferio (II, xxv-xxxvii); o, más, adelante, la propia España se le aparece, llorosa, y le suplica que la libere (II, l-lv).¹⁶ Mesa, fiel seguidor de Tasso, no olvida la presencia de la divinidad y dota a las acciones del héroe de un carácter providencial: instalado en la cueva de Covadonga, recibe la visita de los nobles, que lo eligen rey; de noche, la Virgen defiende a Pelayo de los demonios y le vaticina, por medio de la *ecphrasis* de otras batallas célebres de la historia de España, la que él mismo obtendrá sobre el invasor. No se limitan a ésta las intervenciones divinas a favor de los de Pelayo, pues las fuerzas celestiales dejarán sentir su peso de forma decisiva en las distintas escaramuzas y batallas del poema (véase libro VI). Pelayo, como nuevo Eneas, y fruto también de la importancia del elemento religioso propio de la épica, es llamado el “pío Pelayo”, con todo lo que ello implica. Finalmente, y tras diversas escaramuzas con los árabes, Pelayo marcha sobre León y, una vez conseguida la victoria, se dispone a cumplir el voto, formulado en dos ocasiones anteriores, de ir en peregrinación a Tierra Santa (libro IX). Tras un largo viaje y una estancia prolongada en Roma, llega a Jerusalén, visita el santo

¹⁶ Es interesantísima la profecía puesta en boca del anciano Celidón, al que Dios concedió el don de adivinar el futuro, en VII, liii-lxxxii. Éste y Pelayo visitan el interior de la cueva de Covadonga, que posteriormente el caudillo dedicará, en recuerdo de su victoria final, a Santa María.

Allí descubren unas esculturas que resulta ser la “la Gran genealogía/ que dará nuevo lustre a los mortales” y que no es otra que la de los reyes de España, futuros señores de los dos hemisferios, herederos, como el mismo Celidón señala, de los emperadores de Roma y de Austria.

Sepulcro y embarca de regreso a España (libro X). En el transcurso de este viaje se anuncia a Pelayo la última de las profecías del poema, sobre el final de la estirpe de los godos y la llegada a España de los soberanos de sangre austríaca, cuyas gestas y las de sus principales capitanes se enumeran. Tras esta visión gloriosa de la España de los Austrias, de la nación soberana del mundo, no queda más, como así ocurre, que Pelayo llegue a su patria y pueda concluir el poema, con una dedicatoria última a Felipe III y la alabanza de su imperio universal.

Pese a las diferencias estructurales y narrativas evidentes entre el poema del Pinciano y el de Mesa, es evidente que ambos explotan a través de la figura de Pelayo la misma concepción mesiánica y finalista de la historia de España y que se sirven de las mismas metáforas e imágenes sobre el poder político para llevar a cabo su alabanza del imperio.¹⁷ La influencia de los modelos de Tasso y de Virgilio es más que evidente, pese a los dos brevísimos resúmenes de las obras que acabo de apuntar. A no dudarlo, estos dos poemas son quizá los más representativos e importantes de una nueva forma de concebir la épica en la España del XVII, o, al menos, los que mejor plasman las presuposiciones de la tradición a través de una utilización consciente y meditada de los modelos del género al tiempo que los ajustan al contexto literario, cultural y político del momento. A su vez, pese a lo sumario y general de esta recensión, puede apreciarse de qué forma el caso de la épica debe considerarse más allá del ámbito estrictamente literario, puesto que constituye un ejemplo paradigmático de cómo el arte sirve a una finalidad ideológica más que evidente. La poesía épica, en definitiva, debe verse como un artefacto cultural, que contribuye y perpetúa una imagen sesgada (en suma, propagandística) del poder político. En ella, por volver al principio, se escribe la historia, o mejor, se *reescribe*, y esta reescritura es siempre interesada y apunta siempre a un único fin: a la consecución del poder por parte de una raza de elegidos, a la forja de un imperio decretado por la divinidad que siempre es de ámbito universal. Es la historia de los vencedores y, así, no hay victoria o batalla aislada: la victoria de Pelayo o la de los distintos reyes medievales cantados por los autores de finales del XVI y a lo largo del siglo XVII forman parte de un continuo, de un único ciclo histórico al que corresponde un único punto de llegada: el imperio.

¹⁷ En este punto cabría mencionar, aunque sea brevemente, un último poema, si bien éste no puede decirse que tenga en la figura de don Pelayo a su personaje central. Se trata del único poema, que nos conste hasta hoy, escrito por una mujer: la *Hespaña libertada* de la portuguesa Bernarda Ferreira de la Cerda, que vería la luz en dos partes publicadas, respectivamente, en 1618 y 1673. La segunda parte fue publicada póstu-

mamente por su hija, María Clara de Meneses, y es obra inacabada. Este extensísimo poema quiere ser, en realidad, una historia cabal y completa de todo el proceso reconquistador y, como cabe esperar, se inicia con el relato, en la primera parte, de la gesta del caudillo astur, para proceder en orden cronológico con lo sucedido en otros reinos de modo bastante extenso y comprensivo. Sobre este poema, véase Baranda (2003).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

FUENTES

Aguilar, Gaspar, *Expulsión de los moros de España*, Valencia: Pedro Patricio Mey, 1610. [Hay ed. moderna, de Manuel Ruiz Lagos, Sevilla: Guadalmena, 1999.]

Carvajal y Robles, *Poema heroyco del assalto y conquista de Antequera*, Ciudad de los Reyes: Jerónimo de Contreras, 1627. [Hay eds. modernas de F. López Estrada, Madrid: Real Academia Española, 1963; y de B. Martínez Iniesta, Málaga: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, 2000.]

Cueva, Juan de la, *Conquista de la Bética, Poema Heroyco*, Sevilla: Francisco Pérez, 1603.

Días, Duarte, *La conquista que hicieron don Fernando y doña Isabel en el reino de Granada*, Madrid: viuda de Alonso Gómez, 1590.

Ferreira de la Cerda, Bernarda, *Hespaña libertada* [Parte I], Lisboa: Pedro Crasbeeck, 1618.

Ferreira de la Cerda, Bernarda, *Hespaña libertada. Poema Posthumo* [Parte II], Lisboa: Juan de la Costa, 1673.

García Oriolano, Gaspar, *La Murgetana del Oriolano, guerras, y conquista del reino de Murcia por el Rey D. Jaime primero de Aragón* [Parte I], Valencia: Juan Vicente Franco, 1608.

López Pinciano, Alonso, *El Pelayo*, Madrid: Luis Sánchez, 1605. [Hay ed. facsimilar de L. Vilà, Barcelona, Publicaciones del Seminario de Poética Europea del Renacimiento (UAB) y del Instituto Séneca de la Universidad Carlos III de Madrid: Mirabel Editorial, Bibliotheca Sphaerica, 3. 2005.]

López Pinciano, Alonso, *Philosophia antigua poética*, ed. Alfredo Carballo Picazo, Madrid: CSIC, 1973.

López Pinciano, Alonso, *Obras Completas. Philosophia antigua poética*, ed. José Rico Verdú, Madrid: Biblioteca Castro, 1998.

Mesa, Cristóbal de, *Las Navas de Tolosa*, Madrid: viuda de P. Madrigal, 1594.

Mesa, Cristóbal de, *La Restauración de España*, Madrid: Juan de la Cuesta, 1607.

Mesa, Cristóbal de, *El Patrón de España*, Madrid: Alonso Martín, 1612.

Mosquera de Barnuevo, Francisco, *La Numantina*, Sevilla: Luys Estupiñán, 1612.

Pérez de la Culla, Vicente, *Expulsión de los moriscos rebeldes de la Sierra, y Mvela de Cortes*, Valencia: Simeón Zapata, 1635.

Suárez, Diego Felipo, *Triumpho de Navarra y Vitoria de Fuenterrabía*, Pamplona: Martín de Labayen, 1638.

Suárez de Figueroa, Cristóbal, *España defendida, Poema Heroyco*, Madrid: Juan de la Cuesta, 1612.

Vecilla Castellanos, Pedro de la, *El León de España*, Salamanca: J. Fernández, 1586.

Vera y Figueroa, Juan Antonio de, *El Fernando o Sevilla restaurada*, Milán: Henrico Stefano, 1632.

ESTUDIOS

Ares Montes, J., "Duarte Dias, cantor de la conquista de Granada", *Revista de Filología Hispánica*, 2 (1984), 19-36.

Atkinson, W.C., "Cervantes, el Pinciano and the *Novelas Ejemplares*", *Hispanic Review*, XVI (1948), 48-55.

Alizard, C., *Étude du poème de Gaspar Aguilar: Expulsión de los moros de España*, Paris: Université de Paris IV, 1979.

Baranda, N., "Mujer, escritura y fama: la *Hespaña Libertada* (1618) de Doña Bernarda Ferreira de Lacerda", *Península. Revista de Estudios Ibéricos*, nº0 (2003), 225-239.

Cañas Murillo, J., "Gaspar Aguilar: estado actual de sus estudios", *Anuario de estudios filológicos*, vol. 3 (1980), 31-49.

Caravaggi, G., "Torquato Tasso e Cristóbal de Mesa", *Studi Tassiani*, XX (1970), 47-85.

Caravaggi, G., *Studi sull'epica ispanica del Rinascimento*, Pisa: Università di Pisa, 1974.

Chevalier, M., *L'Arioste en Espagne (1530-1650). Recherches sur l'influence du Roland furieux*, Bordeaux: Institut d'études ibériques et ibéro-américaines de l'Université de Bordeaux, 1966.

Clements, J., "López Pinciano's *Philosophia Antigua Poética* and the Spanish Contributions to Renaissance Literary Theory", *Hispanic review*, XXIII (1955), 48-155.

Esteve, C., "El Pelayo y la teoría de la épica de Alonso López Pinciano", en Lara Vilà y Cesc Esteve, "Estudio preliminar al *Pelayo* del Pinciano", Alonso López Pinciano, *El Pelayo del Pinciano*, Madrid, 1605, Madrid-Barcelona: Publicaciones del Seminario de Poética Europea del Renacimiento (UAB) y del Instituto Séneca de la Universidad Carlos III de Madrid y Mirabel Editorial, Bibliotheca Sphaerica, 3. 2005, 17-28.

Fernández López, M.C., "Aportes a la épica culta del siglo XVI: *El León de España* de Pedro de la Vecilla Castellanos, un gran desconocido." *Decíamos ayer... Estudios de alumnos en honor a María Cruz García de Enterría. Ensayos y documentos*, Alcalá: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 2003, 173-188.

Gransden, K.W., *Virgil's Iliad. An essay on epic narrative*, Cambridge: Cambridge University Press, 1984.

Hardie, P., *Virgil, Greece and Rome. New Surveys in the Classics*, 28, Oxford: Oxford University Press, 1998.

Lara Garrido, J., "Teoría y práctica de la épica culta en el Pinciano", *Revista de Literatura* (1982), 5-56.

Lara Garrido, J., *Los mejores plectros. Teoría y práctica de la épica culta en el Siglo de Oro*, *Analecta Malacitana*, Anejo XXIII, Málaga, 1999.

López Estrada, F., "Rodrigo de Carvajal y Robles. Poema del Asalto y Conquista de Antequera, Lima, 1627", *Anejos del Boletín de la Real Academia Española*, vol. IX, 1963.

López Estrada, F., "Historia y poesía en el poema heroico de Rodrigo Carvajal y Robles sobre la conquista de Antequera (1627)", en *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas*, Cyril A. Jones y Frank Pierce (eds.), Oxford, 1972, 361-370.

Mazzocchi, G., "El Patrón de España de Cristóbal de Mesa", *Il Confronto Letterario*, 22 (1994), 335-374.

Morala, J.R. - Iglesias Bango, M., "El León de España, de 1586, y la norma culta ante los reajustes de los siglos XVI-XVII", en *Trilcedumbre Homenaje al profesor Francisco Martínez García*, E. Martínez Fernández (coord.), León: Universidad, 1999, 351-360.

Pierce, F., "Some themes and their sources in the heroic poem of the Golden Age", *Hispanic Review*, XIV (1946), 95-103.

Pierce, F., *La poesía épica del Siglo de Oro*, Madrid: Gredos, 1968.

Pierce, F., "La Poesía Épica Española del Siglo de Oro", *Edad de Oro*, IV (1985), 87-105.

Rodríguez-Moñino, A., *Cristóbal de Mesa. Estudio bibliográfico (1562-1633)*, Badajoz, 1951.

Shepard, S., "Las huellas de Escalígero en la *Philosophia Antigua Poética* de Alonso López Pinciano", *RFE*, XLV (1962), 311-317.

Shepard, S., *El Pinciano y las teorías literarias del Siglo de Oro*, Madrid: Gredos, 1970.

Tanner, M., *The Last Descendants of Aeneas: the Habsburgs and the mythic image of the emperor*, New Haven: Yale University Press, 1993.

Vilà, L., "La épica española del Renacimiento (1540-1605). Propuestas para una revisión", *Boletín de la Real Academia Española*, tomo LXXXIII, cuaderno CCLXXXVII (enero-junio 2003), 137-150.

Vilà, L., "Batallas más que pictóricas. Écfrasis e imperialismo en *El Monserrate* de Cristóbal de Virués", *Revista Silva*, 4 (2005), 301-327.

Vilà, L., "Reconquista y virgilianismo cristiano", en Lara Vilà y Cesc Esteve, "Estudio preliminar al *Pelayo* del Pinciano", Alonso López Pinciano, *El Pelayo del Pinciano*, Madrid, 1605, Madrid-Barcelona: Publicaciones del Seminario de Poética Europea del Renacimiento (UAB) y del Instituto Séneca de la Universidad Carlos III de Madrid y Mirabel Editorial, Bibliotheca Sphaerica, 3. 2005, 1-16.

Vilà, L., "Épica, reconquista y alegoría política: el Pelayo de Alonso López Pinciano", *Revista Salina*, 19 (2005), 75-82.

Vilà, L., "Épica, historia y la construcción de los mitos nacionales. La problemática de la teoría y la praxis de la épica culta en el siglo XVI (en Italia y España)", *História & Perspectivas*, 34, 1 (2006), 86-106.

Wickersham Crawford, J.P., *Vida y obras de Cristóbal Suárez de Figueroa*, Valladolid: Imprenta del Colegio Santiago, 1911.